

## **PONENCIA BEJARANO ALBERTO**

### **CONGRESO DE COLOMBIANISTAS 2019. MESA 1. LITERATURA COLOMBIANA EN COLOMBIA**

#### **“Zapata Olivella y Martán Góngora en la revista Espiral de Bogotá (1944)”**

##### **Alberto Bejarano**

Doctor en filosofía de la Universidad París 8 con una tesis sobre Bolaño

Investigador del Instituto Caro y Cuervo en literatura comparada

Escritor de ficciones

[alberto.bejarano@caroycuervo.gov.co](mailto:alberto.bejarano@caroycuervo.gov.co); [otrasinquisiciones@hotmail.com](mailto:otrasinquisiciones@hotmail.com)

#### **I. Archivos y literatura comparada**

El estudio de los archivos (Benjamin, Foucault, Rella), pone a prueba el canon, lo desestabiliza. Acercarse a un archivo significa interrogar una época, o para decirlo en términos de Foucault, nos invita a inspeccionar con ojos detectivescos un episteme, -como conjunto de prácticas y discursos. Para el caso de América Latina, el libro de referencia sobre el tema es el ya clásico, “Mito y archivo, una teoría de la narrativa latinoamericana” del cubano Roberto González Echavarría (1990). Un aspecto esencial de la propuesta de González Echavarría consiste en plantear el debate sobre “gran” literatura y literaturas “menores” e incluso, en poner sobre la mesa las implicaciones de trazar un aparente paralelo entre la historia y las formas europeas de la literatura y las historias, mitos y lenguajes de América Latina; en otras palabras, no deberíamos estudiar nuestra cultura con criterios completamente ajenos a nuestras formas de expresión.

Para el caso de las revistas latinoamericanas, tenemos en cuenta los estudios pioneros del norteamericano John Englekirk, quien desde inicios de los años sesenta señaló la urgencia de acercarse a los archivos de las revistas literarias para reconfigurar la historia de nuestras letras, tanto en un plano comparativo, como en una mirada de indagación sobre los olvidos con respecto a autores y obras de diversa índole. Para Englekirk:

La prensa periódica constituye una fuente de materia prima imprescindible para un más profundo conocimiento de la literatura hispanoamericana. En ella han aparecido, en gran parte, no solo las primicias sino hasta los frutos maduros de los que en años posteriores iban a destacarse entre los mejores escritores de su lengua. Para el historiador, los suplementos de los grandes diarios nacionales han ofrecido un interesante y variado índice de los gustos literarios del momento y lugar en que se publicaron. Para el comparatista, tanto los suplementos como las publicaciones periódicas en general, han sido rico venero de traducciones y de apreciaciones de las literaturas extranjeras, al par que han contribuido a la creación de una auténtica expresión literaria americana. Y, finalmente, para todo investigador la revista literaria propiamente dicha se ha presentado como órgano oficial, o portavoz, de muchas generaciones o promociones estéticas que han caracterizado la evolución de las letras en las Américas. Indiscutible, pues, es el significado de esta mina de materiales para quien quiere estudiar a fondo el desarrollo diario e íntimo de la literatura hispanoamericana. (p.9)

En tiempos más recientes, las investigaciones sobre redes intelectuales a través de revistas literarias latinoamericanas ha tomado un gran impulso en la región y en estudiosos de otras partes del mundo, en buena medida bajo la influencia de los estudios de micro-historia y genealogías de la edición de Roger Chartier, Robert Darnton, François Dosse, entre otros. Para nuestro caso es

vital subrayar el aporte de la mexicana Alexandra Pita, quien ha desarrollado incluso una singular y sugestiva metodología para su estudio. Para Pita:

De modo gradual, las revistas transformaron su estatus al convertirse en un objeto de estudio. Alejándose de la vieja práctica que las utilizaba de manera esporádica y quirúrgica (para extraer de ella solo la cita de tal o cual autor). El cambio se alimentó de otros debates dentro de la disciplina histórica, relacionados con el cuestionamiento de las características e interpretación de los documentos, así como de la estrecha y compleja relación entre el historiador y sus fuentes. (p.4)

Para el caso colombiano, podemos citar sobre todo el estudio general del historiador Jorge Orlando Melo de 2008 y las contribuciones de investigadoras como Diana Guzmán, Margarita Valencia y Paula Marín, además de los estudios del grupo de estudios de edición de la Universidad de Antioquia. En síntesis, existe ya un campo en construcción sobre las revistas literarias, aunque sea necesario profundizar en el estudio de los archivos de una manera más lateral, es decir descentrando la mirada, ya no solo enfocada en las revistas icónicas como *Mito* o *Eco*, sino a otras publicaciones como *Espiral* e incluso más marginales como la revista de poesía creada por Martín Góngora en 1964, *Esparavel*.<sup>1</sup> A pesar de lo dicho por Melo, no necesariamente las revistas carecían de programas definidos, es más, en el caso que nos ocupa, la revista *Espiral* siempre lo tuvo y otras publicaciones como *Esparavel* también. Según Melo: “Otras revistas buscaron ante todo ofrecer un sitio para publicar, reunir textos literarios, extranjeros o locales. No tenían un programa definido, y su impacto fue más reducido, a menos que un autor significativo las alimentara.” (Melo, 2008, p.6)

---

<sup>1</sup> Es muy revelador constatar que en el exhaustivo listado de revistas literarias colombianas que elabora Melo en el artículo que citamos, no aparece *Esparavel*.

## II. El canon de la literatura colombiana frente al prisma de la diversidad

¿De qué manera la revista *Espiral* constituyó un canon disidente de la literatura y el arte en Colombia frente a otras publicaciones con mayor legitimación por parte de la crítica, como las revistas *Mito* y *Eco*? En segundo lugar, con respecto al eje central del artículo, nos preguntamos: ¿cómo se pensaba el caribe, el pacífico, y lo afro-colombiano a partir de los años cuarenta, por parte de los emergentes intelectuales de la región y de qué forma podemos leerlo hoy?

La revista de artes y letras, *Espiral*, fue fundada en 1944 por el poeta revolucionario y vanguardista colombiano Luis Vidales, en Bogotá, y prolongada durante 31 años por el escritor y editor español, exiliado en Colombia, Clemente Airó. A pesar de ser una de las publicaciones más icónicas de literatura y arte en Colombia (con una dimensión continental, como puede apreciarse en sus secciones de canjes, reseñas y colaboraciones con otras revistas de las Américas y el mundo), ha sufrido una invisibilización casi total. Su sello característico fue la interdisciplinariedad y su carácter multicultural<sup>2</sup>, en el que se destaca la presencia, por primera vez en Colombia, de destacados escritores, poetas e intelectuales afro-colombianos, como Nathanel Díaz, Manuel Zapata Olivella, Helcías Martán Góngora, Arnoldo Palacios, Carlos Arturo Truque, Óscar Collazos, justamente recogidos en la primera Biblioteca de literatura afrocolombiana en 2010. A su vez, la revista acogió numerosos artículos de escritores caribeños o afro-brasileños como Fernández Retamar, Murilo Mendes, Nicolás Guillén, Lezama Lima, entre otros.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> La revista incluía desde el principio obras de autores de diversa procedencia, son un énfasis en exiliados españoles en América Latina y con un gran interés por las raíces indígenas colombianas y las búsquedas estéticas ligadas al muralismo mexicano y al grupo Bachué de artes plásticas en Colombia. Igualmente, acogió desterrados, en especial de origen judío, de Europa del Este en Colombia. A lo largo de su historia, la revista y la editorial *Espiral*, fue un lugar de encuentro para voces disidentes que luchaban contra las dictaduras latinoamericanas y fue un espacio fundamental para las primeras obras sobre la violencia en Colombia en los años sesenta.

<sup>3</sup> Para un estudio detallado de la revista ver nuestro libro, “Antología y estudio crítico de la revista *Espiral*. 1944-1954”, Ed Sílabas, Medellín, 2018. (Proyecto financiado por el ICC y con beca de investigación en literatura, Idartes, 2017-2018)

Si nos situamos en la primera mitad del siglo XX en Colombia, en el panorama de las editoriales y las revistas literarias más importantes de la época, y observamos las más relevantes, *Voces*, *De las indias*, *Crítica*, *Crónica*, *Lámpara*, *Vida*, constataremos la ausencia total de voces afrocolombianas en su canón. De allí la importancia de rastrear las primera publicaciones de autores afrocolombianos. La revista *Espiral*, hasta dónde hemos podido verificar en los archivos de la época, se constituye como la primera publicación que acoge estas voces diversas en Colombia, desde su primer año, 1944, con los poemas de Nathanael Díaz y Helcías Martán Góngora.

A pesar de admirar profundamente la obra crítica del gran investigador francés Jacques Gilard, y de exaltar el carácter singular de la revista *Crónica* de Barranquilla, del grupo de Barranquilla (1950-51), y el excelente rescate que ha realizado en 2010 la Universidad del Norte de Barranquilla, no podemos sino diferir de la sentencia que pronunciara Gilard:

*Crónica* fue la mejor revista literaria que ha tenido Colombia...*Crónica* reveló autores foráneos cuyo ejemplo le hacía falta al país y aportó sus propias producciones cuya importancia se ha mantenido intacta y cuyo impacto ha ido creciendo a través de los decenios...Mejor que su contemporánea *Crítica*, mejor que *Mito*...esa gran revista duró poco; no le prestaron ninguna atención; se perdieron sus colecciones. (p. 382).

Sin duda fue de un mérito excepcional la labor de *Crónica*, al publicar por primera vez los cuentos de Borges y al abrirle un espacio de experimentación singular a García Márquez y Cepeda Samudio, pero es una lástima que Gilard no conociera *Espiral*, porque justamente también reveló autores foráneos, pero, como lo hemos dicho anteriormente, también reveló otras voces dentro de la diversidad colombiana, como los autores que nos ocupan. Creemos que no es

necesario declarar cuál fue la mejor revista literaria en Colombia, pues justamente valoramos la variedad de enfoques, énfasis y alcances, pero sí es necesario conocer cada vez con más profundidad sus puntos de contacto y sus diferencias. Una de ellas es, sin duda, la manera de “componer” una forma de equilibrio, entre las producciones canónicas, nacionales y extranjeras, y las voces disidentes, de unos y otros. En este sentido, la revista *Espiral* fue pionera en el prisma de lo multicultural en Colombia.

Quisiéramos partir entonces de un grito, de un llamado colectivo, pronunciado en forma de performance poético y político por parte de los jóvenes intelectuales afrocolombianos que estudiamos.<sup>4</sup> Se trató de la celebración por primera vez del día del negro en Colombia, el 20 de junio de 1943, frente a la estatua de Bolívar en Bogotá (apenas un año antes del inicio de la revista *Espiral*). Este gesto público, irreverente, cargado de combates y silencios, representa el punto de partida vital de nuestros autores. Parafraseando a Borges, podríamos decir no solo que cada escritor inventa sus precursores, sino que cada escritor re-funda sus precursores, en un sentido performativo. La anécdota es recogida así por la antropóloga Mara Viveros:

Esta celebración fue realizada por un grupo de estudiantes universitarios negros, liderados por el fallecido parlamentario, poeta y abogado negro Nathanael Díaz (1919-1964), reunidos en torno a la protesta por el linchamiento de dos trabajadores negros en una fábrica de Chicago...comprendió entre otras actividades, la toma de la sala de música de la Biblioteca Nacional, para demandar que en el programa del día solo se incluyera a los cantantes estadounidenses Marian Anderson y Paul Robeson; las lecturas, en bares y cafés

---

<sup>4</sup> Qué distinta sería la historia literaria de Colombia, si este acontecimiento hubiera tenido la trascendencia que tuvo la semana del arte paulista de 1922 en la que se configuró la emergencia de la antropofagia como movimiento cultural revolucionario y subversivo del Brasil Moderno, dando lugar a una ruptura definitiva con la historia literaria y artística del país.

del centro de la ciudad, de poetas negros colombianos, como Candelario Obeso y Jorge Artel, de capítulos de libros escritos por novelistas estadounidenses, como Richard Wright, y las reuniones para bailar cumbia. Esa misma noche se reunieron en la plaza de Bolívar y recriminaron en múltiples discursos a la estatua de Bolívar por no haber impuesto la libertad de los esclavos en la constitución republicana, hasta que varios gendarmes los dispersaron. De esta misma celebración surge un núcleo organizativo de intelectuales negros que funda el Club Negro de Colombia, cuya junta directiva estuvo conformada por Martán Góngora, Zapata Olivella y Nathanael Díaz”. (p. 25).

Este es nuestro punto de partida: rastrear las peculiaridades, que nosotros llamaremos singularidades, de las poéticas de los escritores afrocolombianos seleccionados que han sido por lo general relegados por la crítica a un no-lugar literario o reducidos a “testimonios” más o menos exóticos y, en todo caso, excluidos en buena medida del panorama de las letras colombianas, hasta tiempos recientes. No es casual por ello que Zapata Olivella haya tenido mucho más reconocimiento en Estados Unidos y sea, según Alfonso Munera, “el autor colombiano más traducido después de García Márquez” (Millán, 2019, p. 110).

La publicación de Zapata Olivella y Martán Góngora en la revista *Espiral* en los años cuarenta e inicios de los cincuenta, en un tiempo en el que en Colombia no había ninguna posibilidad de encontrar espacios de publicación editorial para este tipo de escritores, convierte a la revista en la primera plataforma de emergencia de un canon multicultural en Colombia, que llevará luego a la creación de las revistas *Esparavel* de Martán Góngora en 1963 y *Letras Nacionales* de Zapata Olivella en 1965.

Desde el primer año de la revista, en el número 3 de 1944, se incluye un poema en prosa de Nathanael Díaz, poeta afrocolombiano:

Maldigo al HOMBRE, que ignoró mi existencia y no supo anunciarme entre quienes han gozado del deliquio, diciéndote a ti, Niña Negra, que eres tú la razón de su existir. Yo la Danza —escuchad bien mi nombre: La D-A-N-Z-A— tengo esta forma de huida arcangélica, sólo por ti, niña de la “Sombra y del Alba”. Me he realizado en tu cuerpo. Niña Negra, porque él tiene brisa y música, alba y sombra que decoran el propio paisaje de mi existencia. Sólo he podido ascender por la escala de lo eterno, cuando tú supiste propiciar tu talle, para que en él amaneciera el perenne nacimiento de mi ser. Templad, y pulsad la lira, para que la Niña Negra me realice cabalmente. (p.4)

Una de las primeras preguntas que nos hemos planteado al estudiar el archivo de la revista *Espiral* en los últimos tres años ha sido, ¿por qué los principales críticos literarios colombianos del período a estudiar, como Hernando Téllez, Hernando Valencia Goelkel y Rafael Gutiérrez Girardot, no se interesan por la literatura afrocolombiana? Dos posibles respuestas señalarían por un lado, la caracterización de las obras de estos autores como “testimonios o documentos” tanto exóticos como de “radiografía” de la Violencia, lo que los dejaría de lado por no ser suficientemente literarios, o “paraliterarios” en palabras de Téllez. Si bien Téllez no nombra directamente a los autores que estudiamos, su omisión total en su crítica, nos lleva a pensar que entrarían en la clasificación señalada. En 1954, cuando ya tres de nuestros autores elegidos habían publicado sendos poemas, cuentos y ensayos en *Espiral*, Téllez (miembro del consejo editorial fundador de *Espiral* en 1944), se preguntaba:

¿por qué es tan deficiente la calidad de los testimonios literarios que se nos presentan todos los días sobre la tragedia colombiana?...En primer lugar conviene advertir que hay



una confusión de criterio respecto de lo que es literatura, obra de arte, y lo que es simplemente, testimonio... Para la creación de la verdadera obra literaria se necesitan muchas cosas. Se necesita...el arte literario... En Colombia estamos lejos de Flaubert. (p. 382)

En efecto, en Colombia, en 1954, estábamos lejos de Flaubert pero quizá muy cerca de Rimbaud. Ahora nos preguntamos nosotros, ¿qué es una verdadera obra de arte literaria y con qué criterios podríamos excluir o incluir a Zapata Olivella y Martán Góngora en el canon de Téllez? *Espiral*, desde el año 1944 tenía el mismo sello, con un elemento adicional, mirar también hacia la Colombia profunda y no solo al “mundo”. Por eso *Mito*, es una ventana más hacia afuera y *Espiral*, una más hacia dentro. De otro lado en los destacados estudios del Manual de literatura colombiana (1988), cuando rastreamos la presencia de los autores elegidos en la crítica, constatamos por un lado, una mención parcial, más bien marginal que opaca incluso más sus obras, como en el caso de César Valencia Solanilla: “Zapata Olivella es el ejemplo típico de la consagración artística con una sola obra, Changó”. (Valencia S. 1988, p 477). Lo mismo puede afirmarse con respecto a la poesía y el cuento, por críticos como Andrés Holguín, Fernando Charry Lara, Eduardo Pachón, con respecto a Martán Góngora que, cuando son mencionados, se clasifican sin mayores matices, como “poesía social” o “realismo social”.

Por último, citemos el excelente estudio colectivo en tres tomos de literatura y cultura en Colombia, editado por Betty Osorio en 1996, en el que se incluye en el tomo III, titulado, “Etnias”, un estudio sobre Zapata Olivella (pero no sobre Martán ni Truque). Como lo menciona certeramente la ensayista Yvonne Captain:

“el tema de lo racial, y específicamente de lo afrocolombiano, sitúa a Zapata como líder de la toma de conciencia sobre la diáspora negra. Esta postura lo convierte, al mismo

tiempo, en paria de la crítica latinoamericana. No obstante la grandeza estética de muchas de sus obras, Zapata Olivella es apenas conocido en los medios académicos. La mayoría de sus obras, lejos de ser leídas como ejemplos de resistencia cultural y de fensa de lo afrocéntrico, han sido interpretadas bajo temáticas banales y/o universales: como libros de viajes o como textos paradigmáticos de la problemática cultural colombiana”. (p.151).

Para encontrar una mirada distinta, debemos acercarnos a estudios monográficos de especialistas como Graciela Maglia y en especial a la larga tradición a contra-pelo de los estudios literarios de la Universidad del Valle. Uno de ellos es el volumen colectivo editado por Luz Mery Giraldo en dicha universidad en 1994, en el que sobresale el ensayo de Mario Rey sobre Zapata Olivella y los estudios del profesor Dario Henao Restrepo. El investigador que más insistió, de manera temprana, en la necesidad de llevar a cabo una integración de las literaturas afrocolombianas fue el norteamericano Lawrence Prescott, quien señaló en múltiples ocasiones la pertinencia de recuperar obras perdidas como la de Martín Góngora, además de su ya clásico estudio sobre Candelario Obeso. A su lado debemos citar también a la investigadora Graciela Maglia y su estudio sobre Obeso y Artel, recientemente reeditado.

Para Prescott:

con la posible excepción del novelista Arnoldo Palacios (1924) y del cuentista Carlos Arturo Truque (1927-1970), la obra de talentosos escritores y poetas del litoral pacífico ha recibido relativamente poca atención de la crítica y es en gran medida desconocida por el público lector del país y del extranjero... La situación de la costa del Pacífico, una de las regiones menos conocidas de Colombia, presenta un contraste sorprendente con la de la costa del Caribe. Ricas en depósitos minerales y otros recursos naturales pero, al mismo tiempo, azotadas por calores intensos, lluvias fuertes e insistentes y con una selva impenetrable, las áreas occidentales como el Chocó, pobladas durante la época colonial en gran parte por

negros esclavos y libres — eran vistas, ante todo, como fuentes inagotables de riqueza (fundamentalmente de oro) por los dueños blancos, en gran parte, ausentes. Después de que Colombia consiguiera la independencia de España, los gobiernos no se preocuparon de construir escuelas, hospitales o carreteras para mejorar las condiciones de vida de la gente y las comunicaciones. (p. 25).

### **III. El canón multicultural de Espiral y las Poéticas de lo diverso en la Biblioteca**

#### **afrocolombiana**

A lo largo de doscientos años de historia republicana, se han constituido variadas formas del canon de la literatura colombiana, por lo general concebidas desde el centro de la ciudad letrada y en particular a partir de los criterios de autores y críticos establecidos en Bogotá. Una de sus características principales siempre fue su dificultad para incluir voces que reflejaran la nación pluriétnica y multicultural colombiana, recién “reconocida” en la joven Constitución de 1991. En la primera de ellas, llamada *El Mosaico*, en la década de 1860 queda por fuera, por ejemplo, uno de los poetas más representativos del sentir afrocolombiano, como Candelario Obeso. Lo mismo sucedería en el siglo XX con poetas como Jorge Artel, o escritores como Zapata Olivella en antologías, manuales, o colecciones literarias elaboradas por editoriales, bibliotecas públicas o centros universitarios. Es por ello muy relevante la publicación por primera vez de una Biblioteca afrocolombiana en el año 2010 (en medio de las manifestaciones ligadas al decenio de la afroamericanidad de la Unesco y del desarrollo lento y precario de la Constitución de 1991) que visibilizó un nuevo canón de las letras afro en Colombia. Allí encontramos no solo autores y obras del siglo XIX y XX, sino otro tipo de voces y expresiones culturales ligadas a la oralidad y al folclor de las dos costas. Sin embargo, la interacción de la biblioteca afrocolombiana con la literatura “nacional” sigue siendo problemática en buena medida por la persistencia del canón de

la ciudad letrada. Ahora bien, recordemos que nuestro propósito es indagar más a fondo en los orígenes de la emergencia de un canon literario afrocolombiano, en hora temprana, en torno a la revista *Espiral*. Nuestra hipótesis de lectura apunta hacia los combates y grietas suscitadas en el canon por autores como Martán Góngora y Zapata Olivella.<sup>5</sup>

Al hacer el estudio del catálogo de la revista *Espiral*, encontramos que en 31 años se publicaron, 150 números, de forma casi ininterrumpida. Del corpus de la revista hemos seleccionado para este artículo dos textos de dos autores publicados en la biblioteca de literatura afrocolombiana. Los textos elegidos privilegian una mirada particular sobre la realidad y los horizontes poéticos y políticos de sus autores que nos interesa estudiar.

Lo primero que evidenciamos en nuestro estudio es el “olvido” del lugar de emergencia de los dos autores elegidos en torno a la revista *Espiral*. Tanto en los prólogos de la Biblioteca afrocolombiana, como en otros lugares de la crítica, se señalan otras publicaciones como el punto de partida de los autores: para Zapata su revista *Letras nacionales* en 1964 (se hacen una micro-selección de algunos de sus textos en el tomo de Ensayos), y para Martán Góngora, los cuadernícolas de Andrés Holguín en 1950.

Al escudriñar en los archivos de *Espiral* vemos que fue el punto de partida de los dos autores, ganadores, siendo muy jóvenes, de los concursos promovidos por la revista a inicios de los años cincuenta y en el caso de Martán Góngora, leemos la publicación de su primer poema, a los 24 años, en el sexto número de la revista en 1944. Se trata de un poema sobre la música pacífica, sobre la marimba y su relación con el espacio, con el paisaje del litoral. Es un texto novedoso

---

<sup>5</sup> El archivo de Zapata reposa en la Biblioteca de la Universidad de Vandervilt y de Martán Góngora ha sido donado recientemente por su familia a la Biblioteca del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

para la época en Colombia, apenas con el antecedente del libro de poesía de Jorge Artel, *Tambores en la noche*, de 1940 y que vendría a resonar con la poesía afrocaribeña de esos momentos en Guillén.

Tum... Tum... del tambor. Responde el cununo,  
 su hermano menor.  
 Y el negro cantor,  
 inicia —montuno—  
 su canto mejor.

La marimba gime, ¡marimba africana!  
 La marimba canta, ¡marimba mulata!  
 La marimba tiene dentadura blanca,  
 —teclado sonoro— y la voz delgada.  
 La marimba llora al negro a quien ama  
 y en sus melodías le desnuda el alma.  
 La marimba ríe como una muchacha  
 a quien requirieran de amores con cantos...  
 (p 6).

En el caso de Zapata Olivella, en *Espiral* publica su primer cuento, titulado, “La ciénaga cercada”, escrita en 1952, bajo el espectro de la violencia creciente en Colombia. En un momento en el que se empezaba a configurar un canón moderno del cuento en Colombia, su mirada sobre el espacio cotidiano y la ruralidad, no permeado por el costumbrismo esperado en la época, nos

transmite otra visión del país y prefigura las líneas centrales de las grandes novelas de Zapata, como podemos apreciarlo en este párrafo:

El cuerpo aceitado del viejo Layo, duro por los años, se enderezó, del chinchorro para recoger la atarraya y demás útiles de pesca. A la luz del mechón humeante su mujer lo vio con el rostro arrugado y presumió que se levantaba de muy mal humor, por lo que no quiso decirle nada de lo que se rumoraba en el pueblo. El viejo probó el arroz y como le era habitual, ni siquiera miró el pescado que su mujer, por la fuerza de la costumbre, le servía en la orilla del plato. (p.7)

En los dos textos cautivos que recogemos, destacamos la mirada plural de los autores sobre su entorno y evidenciamos una diferencia radical con las narraciones y poemas de entonces, más marcados por el “piedracielismo” y la novela social o realista del período de la Violencia.

## **Conclusión**

El estudio del canón alternativo de una o unas literaturas a la luz de los archivos literarios, en esta ocasión, a través de la recuperación de publicaciones periódicas olvidadas por la crítica, como la revista *Espiral* es una oportunidad para resituar las coordenadas de emergencias de autores y obras. En nuestro caso, la emergencia de autores afro-colombianos en Colombia a partir de la década de 1940 nos señala caminos alternativos para la crítica que genera nuevos interrogantes y otras formas de indagar por el pasado y la recepción de las literaturas. La publicación temprana de dos textos de Zapata Olivella y de Martán Góngora en *Espiral* nos genera interrogantes sobre el lugar de la crítica literaria de la época y sobre la negación u olvido de estas literaturas en grandes críticos como Hernando Téllez, Valencia Goelkel o Gutiérrez Girardot. Surgen cada vez más preguntas al respecto que nos llevan a plantear la necesidad de recuperar otros nombres, no

incluidos en antologías como la Biblioteca afrocolombiana, como Nathanael Díaz o Carlos Delgado Nieto...

## **Bibliografía**

Bejarano, Alberto. *Antología y estudio crítico de la revista Espiral. 1944-1954*, Ed Sílabá, Medellín, 2018

Díaz, Nathanael. “Fantasía trivial para una niña negra”. Revista *Espiral*, N.º 3, junio de 1944

Englekirk, John. “La literatura y la revista literaria en hispanoamerica”. Revista iberoamericana, Pittsburg, Estados Unidos. vol XXVI, 51, Enero de 1961

Martán Góngora, Helcías. “*Marimba*”, *Espiral*, N.º 6, septiembre de 1944

Melo, Jorge Orlando. “Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia”. Bogotá, 2008. En: [http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/revistas\\_suplementos\\_literarios.pdf](http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/revistas_suplementos_literarios.pdf)

Millán, Carmen. (2019). *Entre ekobios, Zapata Olivella, espacios investigativos: invitaciones al archivo*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Pita, Alexandra. “Las revistas culturales como soportes materiales, prácticas sociales y espacios de sociabilidad”. *Revistas culturales 2.0*. Alemania, agosto de 2014.

Prescott, Lawrence. “Voces del litoral recondito: tres poetas de la costa colombiana del Pacífico”. Revista REC 29, Bogotá, 2006

Téllez, Hernando (2017). *Crítica literaria II*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Viveros, Mara. (2019). “Zapata Olivella, ensayo bio-bibliográfico”. En, *Entre ekobios, Zapata Olivella, espacios investigativos: invitaciones al archivo*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Zapata Olivella, Manuel. “La ciénaga cercada”, *Espiral*, No 42, octubre 1952